

LAS DEMÁS PALABRAS

NO. 3, 2013

Concurso de relatos en español
Tercera edición



MUŞATINII
SUCEAVA
2013

**Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava
Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación
Lectorado Español**

Las demás palabras

**Selección de relatos
Concurso “Más que palabras” 2013**

ORGANIZACIÓN:

Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava, Rumanía
Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación
Lectorado Español

Lavinia Seiciuc, Universidad de Suceava, Rumanía
Alina Varvaroi, Universidad de Suceava, Rumanía
Beatriz Carnero Diez, Universidad de Tirana, Albania

Editora: Lavinia Seiciuc, Universidad de Suceava, Rumanía

MIEMBROS DEL TRIBUNAL:

Luminița Turcu, presidente honorífico

Anastasi Prodani, Universidad de Tirana, Albania
Enrique Nogueras Valdivieso, Universidad de Granada, España
Cătălina Pînzariu, Universidad de Suceava, Rumanía

Diseño de portada y cartel: Lavinia Seiciuc

Suceava, 2013

ISSN: 2248 – 2253

ISSN-L: 2248 – 2253



Ojos que no ven, corazón que no siente

ÍNDICE

<i>Vida falsa, destino cumplido</i> (Diana Călugăreanu, 1 ^{er} premio).....	7
<i>En el parque de mi ciudad, cerca del mar</i> (Xhuljana Gjuzi, 2 ^o premio)..	11
<i>Alma vieja</i> (Greta Bighiu, 3 ^{er} premio).....	19
<i>Carta a una madre ausente</i> (Vera Qinami, mención).....	23
<i>Pensamientos profanados en palabras</i> (Roxana Pancu, mención).....	29
Selección (por orden alfabético de los títulos)	
<i>Historia de amor y de guerra</i> (Ioana Marțincu).....	33
<i>Ojos ciegos, ciego corazón</i> (Elisabeta Ffroku).....	36
<i>Prisionera de un amor prohibido</i> (Daniela Macovei).....	43
<i>Querido diario</i> (Daniela Fjolla y Dorela Hasani).....	47
<i>Sé que algún día volverás</i> (Eda Sina).....	52
<i>Siempre a tu lado</i> (Anisa Kryeziu).....	57

1^{er} Premio

Diana Călugăreanu
Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava, Rumanía

Vida falsa, destino cumplido

No sé para quién escribo, pero sé por qué escribo.

Escribo para justificarme. ¿A los ojos de quién? A los ojos de la niña que fui...

Resulta que tenía una familia perfecta. Mi padre era un hombre de negocios diplomático. Y mi mamá, una mujer que tenía sus propios asuntos, llevaba una compañía de cosméticos. Yo era la única hija de mis padres, pero nací con un problema muy serio: no puedo ver, soy ciega, y aunque mis padres me llevaron a los mejores médicos del mundo, todo fue en vano...

Mis padres me protegían demasiado, vivía en una burbuja, en un mundo de cristal construido por ellos. No sabía nada de la realidad, de lo que me rodeaba. Todo lo tenía en mi casa, hacía clases en casa, aprendí sobre los buenos modales en casa, aunque nunca me habían interesado. A mí me gustaba la soledad, porque era una parte de mí. Yo no sabía qué era el sentimiento de la amistad o el de la enemistad, el odio, o el amor, o la fidelidad total y completa...

Yo estaba seca por dentro, como un río sin agua. Sabía sólo que el cielo era azul y la hierba verde, sin saber qué era el “verde” o el “azul”, sabía que los arboles florecen en primavera y se quedan desnudos en otoño. Sabía que todo lo que nos rodea tiene un color. Sabía de oído y no de vista...

Generalmente me gustaba caminar con mi nana en un parque cerca de mi casa. Me encantaba mucho estar allí, era un espacio donde podía soñar. Un día, mi nana se había olvidado algo en casa y tuvo que volver. Mientras estaba esperándola en el parque, oí una voz que me preguntaba qué hacía y por qué estaba sola. Le dije que estaba esperando a mi nana. Esa voz me dijo que yo era muy bonita. Y yo le respondí “lo sé, me lo dicen todos, pero entonces todos los niños son hermosos”. Esa voz me preguntó por

qué miraba en el mismo punto y por qué me parpadeaban los ojos... Me cayó una lágrima en la mejilla, sentí que algo me dolía muy dentro. Él entendió que era ciega y me dijo que, de hecho, yo podía ver: “Puedes ver con el alma, puedes sentir con el corazón”.

Alrededor oía las risas de la gente, y no entendía por qué se reían. La voz me dijo que estaba sentada al lado de un anciano mendigo, pero más rico que yo, porque tenía ojos para ver, manos para alimentarse, pies para ir dónde quisiera su alma y la mente que le ayudaba a pensar.

Me reí de lo que estaba diciendo el mendigo. Pensaba que por culpa de la vejez no sabía lo que decía. Yo creía que, si tienes ojos, manos, pies y mente, eso no significa que eres rico, puede que seas feliz, más feliz que los demás, pero rico no, así que le dije: “Mira, la rica soy yo. Tengo dinero, mucho dinero, tengo una casa de dos plantas, tengo sirvientas, tengo un chófer que nos acerca en coche adónde queramos nosotros. Esto significa ser rico”.

El viejo se rió y me explicó que no era en eso en lo que se medía la riqueza, pero sí en el hecho de que si tienes dos manos para dar vuelta, para escribir, para vestirse, para nadar en aguas frías o tener dos piernas con las cuales viajar a los lugares que anhela tu alma, o tener dos oídos para escuchar la música de las palabras y el ritmo de las letras. También me dijo que no me reprocharía el hecho de no saber la diferencia entre el ser rico y el ser feliz, ya que yo no tenía dos ojos sanos para poder ver toda la belleza de este mundo: para ver el sol, o cómo las estrellas aparecen en el cielo, la imagen del hombre amado, la sonrisa de la madre, todos los colores de la naturaleza y todo lo que viene a la vida a mi alrededor. Me dijo que todas las riquezas las tiene uno consigo, que no es necesario depositarlas en un lugar seguro. Pero todavía me quedaba una duda, y le pregunté por qué mendigaba si él era rico.

A lo que respondió que no mendigaba, sino que le hacía compañía al sol, porque el sol, a su vez, cada mañana llamaba a la puerta de la casa, y entraba, y toda su calentura abrazaba las cuatro habitaciones de la casa de su corazón. Y me cogió de la mano y la llevó hacia el lado izquierdo de su pecho, preguntándome si sentía el calor... También me pidió que tomara aire en el pecho y me preguntó a qué olía. Fue flor de acacia, y sentí una emoción agradable de felicidad, comencé a aplaudir, pues estaba feliz de que

Las demás palabras

había florecido la acacia. Entonces el viejo sonrió y me dijo que la gente no sabía lo rica que es.

Ellos se han olvidado de disfrutar, y, aunque tienen dos ojos, no ven, aunque tienen la nariz, no huelen. El tiempo les presiona, ellos han olvidado lo que es sentir, ver, oír. El dinero es su única preocupación. Y pasan tan ciegos y sordos por delante de los milagros de la vida sin sentir... ¡¡¡Son pobres!!!



Yo me quedé pensando en lo que me había dicho el rico pordiosero, cuando de repente escuché la voz de mi nana:

- He vuelto, vámonos, niña.

- Y el mendigo, ¿dónde está?

- ¿Qué mendigo?

- Nada, ninguno, estoy sola, yo con mis pensamientos.

De pronto dejé de oír la voz del viejito. No sé exactamente qué me había pasado, si había sido un sueño o la realidad. Pero sé que desde ese entonces empecé a sonreír más a menudo. Me sentaba durante horas en el jardín y olía las flores, me encantaba sentir el tacto de la hierba salpicada de rocío por la mañana. A partir de ese momento empecé a ver la luz del día con el alma. Estaba impaciente por conocer cada vez más. Con el tiempo descubrí las riquezas de mi cuerpo y la felicidad que se siente al recoger tantos tesoros en el hogar del corazón.

Han pasado los años como unos segundos. La vida ha dejado sus huellas en mi cuerpo. Mi piel está marchita después de los muchos años que han pasado... Ahora soy una anciana, pero una anciana feliz, porque he superado los obstáculos de la vida. Y me doy cuenta de que el viejo pordiosero era mi destino. ¡Qué bien que haya llegado a tiempo para abrir mis ojos! Yo estaba demasiado ciega para abrirlos sola. La vida me dio una lección: los ojos ven cuando el corazón empieza a sentir...

Es de noche y miro por la ventana. Desde el cielo se ha roto una estrella y creo que se ha caído en el mar... Es mi estrella, porque empiezo a ver más allá de la altura del cielo. Un enjambre de mariposas vuela delante de mí y una voz conocida que me recuerda a alguien me dice: ¡¡¡Seas bienvenida!!!

2º Premio

Xhuljana Gjuzi
Universidad de Tirana, Albania

En el parque de mi ciudad, cerca del mar

- Oye, Eda, ese de ahí, ¿es mi tío Juan o me lo parece a mí? - pregunté, no muy segura.

- ¿Dónde?

- Sentado allí, solo.

- Ah... Sí, sí es tu tío.

Las dos amigas se acercan.

- ¡Hola, tío! ¿Qué haces aquí sólo?

- No estoy sólo. ¿No ves que frente a mí está el mar? - responde el tío de Xhuljana, sin mirarlas.

- ¿Por qué estás llorando?

- No estoy llorando.

- ¿Tío, que te pasa? ¿Estás bien?

- No pasa nada, estoy bien.

- ¿Por qué estás triste? Ya, tío, no me preocupes más, vamos a la casa.

- No, no quiero ir a la casa, quiero estar aquí, viendo las olas del mar...

- Pero, tío, ya es tarde vamos a la casa.

- Quiero estar aquí, frente al mar.

- Pero...

- Ven, siéntate conmigo, quiero contarte algo. Quiero contarte porque es tan importante para mí el mar.

Todo empezó cuando llegamos a esta ciudad. Era primavera. Llegué aquí junto a mi familia para tener una vida mejor. Esta ciudad nos recibió con los brazos abiertos. Fue la mejor decisión que tomó mi familia en su vida. Por aquel entonces, era una ciudad muy bonita. El parque del centro de la ciudad estaba siempre lleno de gente. Y estaba cerca del mar. El parque era tan grande que en él cabían todo tipo de personas: niños que jugaban todo el tiempo; mayores sentados en los bancos, charlando sobre cuando

eran jóvenes, y los enamorados que pasaban los mejores momentos de su relación, escuchando el rumor del mar.

Yo tenía 23 años. Había terminado la facultad de artes, en pintura. Era joven, buscaba nuevas experiencias en aquella ciudad. Tenía muchos sueños, como cualquier joven. Al principio, me pasaba el tiempo paseando por el parque. Me gustaba ver la gente que sonreía y que vivía la vida.

Esa ciudad nos dio la oportunidad de abrir una tienda. Mis padres vendían instrumentos de música porque mis padres eran profesores de música. Así que todas las mañanas estaba en la tienda y las tardes paseando por el parque disfrutando del olor del mar. Así pasaban mis días, cada una con la esperanza de vender más y más instrumentos y -¿por qué no?- algunas de mis pinturas, hasta que un día me pasó algo muy raro...

Un día, vi que una chica se había quedado delante de mi tienda, mirando desde fuera un violín. Se quedó allí unos momentos. Salí fuera de la tienda y le pregunté:

- ¿En qué te puedo ayudar?

La chica estaba en las nubes. Ni siquiera sintió mi presencia. No se movió, ni me escuchó. Me acerqué un poco más a ella y le pregunté por segunda vez.

- ¿En qué le puedo ayudar, señorita?

Esta vez sí que me escuchó. Se volvió hacia mí. La miré. Me miró. Vi sus ojos azules llenos de luz. Era una chica bonita, era rubia con el pelo largo. Nos quedamos mirándonos así por algunos segundos.

- Hola, ¿le puedo ayudar en algo? - repetí, finalmente.

Ella se espabiló y enseguida me respondió.

- No, en nada, sólo estaba mirando, nada más. Discúlpame, pero me tengo que ir.

La chica rubia se fue corriendo y yo me quedé ahí parado, mirándola sin entender nada. De hecho, ella se quedaba casi todos los días delante de mi tienda, pero yo no me había fijado en eso. No entendía por qué hacía eso y no entraba en la tienda.

Como todos los días, la chica hizo lo mismo. Era un día precioso, lleno de sol. Salí de casa como todos los días, a la siete de la mañana para abrir la tienda. Cuando llegué la encontré otra vez a esa chica. Me acerqué lentamente por detrás, sin hacer ruido y sin

asustarla. Ella no me sintió. Me acerqué un poco más. Le hablé en voz baja para que ella no se asustara.

- Bonito el violín, ¿verdad?

Ella se volvió. Nuestras caras estaban tan cerca que sentía su respiración. Vi de nuevo sus ojos, esta vez estaban más bonitos que nunca y brillaban. Nos quedamos así, cara a cara, durante unos segundos.

- ¿Te gusta el violín?

- No - respondió e intentó irse, pero no la dejé.

- No tengas miedo. Dime, ¿te gusta?

- Sí, me gusta mucho. Es mi sueño tocar el violín. Siempre he soñado tocar el violín. Me gusta pero...

- ¿Pero qué?

- No puedo comprarlo. Perdóname por molestarte todos los días, pero lo que pasa es que cada día que lo veo me hace sentir bien. Me hace sonreír y pensar que mi sueño de tenerlo puede ser realidad un día de estos.

Cuando escuché esto me sentí mal. Yo pensaba que esta ciudad era diferente a otras ciudades, pensaba que aquí los ciudadanos eran felices y no tenían problemas, y menos económicos. Pensaba así porque esta ciudad me había dado la oportunidad de abrir una tienda en poco tiempo. Pero me había equivocado al pensar eso.

- No pasa nada, puedes venir a verlo cuando quieras.

¿Vives aquí cerca?

- Sí.

-¿Estudias?

- No, tampoco puedo. Pero tengo muchas ganas.

- ¿Cuál es tu nombre?

- Mi nombre es Lucía.

- Yo me llamo Juan. Es un placer conocerte, Lucía.

- Lo mismo digo, Juan. Con permiso, pero ahora tengo que irme. Adiós.

- Hasta luego, Lucía.

Aquella noche no pude dormir. Pensaba en Lucía. Pensaba en su sueño que no podía realizarse.

La tarde del día siguiente estuve, como siempre, en el parque cerca del mar. Me gustaba ver cómo descendía el sol hasta

ocultarse entre las olas del mar. Paseando por allí, vi a Lucía con un niño.

- Hola, Lucía.

- Hola, Juan.

- ¿Qué haces aquí?

- Pues he traído a mi hermanito para jugar en el parque.

Mientras él juega, a mí me gusta ver las olas del mar cuando se chocan contra las rocas. Ese es mi hermano Geraldo.

- Hola, Geraldo.

- Hola.

- Bonita esta ciudad. No hace mucho tiempo que vivo aquí, pero me encanta. Sobre todo el mar.

- Sí, es muy bonito, paso mucho tiempo en el parque junto con mi hermano. Me gusta estar aquí. - A mí también.

Ese día pasé mucho tiempo charlando con Lucía. Me enteré de que era una chica de 18 años que venía de una familia pobre. Pasaba su tiempo ayudando su madre en casa y llevando a su hermano a la escuela y, por las tardes, como todos los habitantes de mi nueva ciudad, al parque cerca del mar.

Los días pasaban y yo le dedicaba mucho de mi tiempo a Lucía. Nos encontrábamos siempre en el parque y nos quedábamos horas y horas hablando. Me gustaba hablar con ella. Lucía era una chica optimista y tenía muchas ganas de vivir, aunque la vida no le había dado muchas posibilidades de realizar sus sueños. Ella tenía mucha fe en que algún día sus sueños se iban a realizar.

Pasando mucho tiempo juntos, empezamos a sentir algo el uno por el otro. Día y noche pensaba en ella, en sus ojos azules que me llenaban de alegría, en su sonrisa. Poco a poco empecé a querer, a sentir algo especial por Lucía. Lucía era una chica muy distinta, muy diferente a las chicas que había conocido antes. Cuando estaba con ella me sentía bien. Me daba alegría, hacía que mi corazón latiese fuerte por ella. Su presencia hacía que yo tuviera ganas de vivir la vida. El tiempo pasaba y yo la quería más y más, y ella a mí también. Nunca imaginé que iba a sentir algo tan fuerte por una persona. Lucía le dio sentido a mi vida, se había convertido en mi sueño, el de estar junto a ella para siempre, casarme con ella y vivir felices. Sí, ella era mi sueño, y poco a poco ese sueño se

estaba cumpliendo, y sentía que yo también podía hacer que su sueño se hiciera realidad.

El día de su cumpleaños quise darle una sorpresa. Como siempre, habíamos quedado en el parque. Salí de casa muy feliz y me marché hacia el banco que estaba cerca del mar. Cuando me vio, me dedicó una sonrisa. Estaba preciosa. Se había puesto un vestido de color azul, como sus ojos. Me acerqué, le sonreí y le di un beso.

- Feliz cumpleaños, mi amor.

- Gracias, cariño.

- Hoy estás muy guapa. Me encanta tu belleza. Ahora ven conmigo.

- ¿Adónde?

- Tengo una sorpresa para ti.

... Llegamos...

- ¿Qué hacemos aquí, Juan?

- Mi regalo es que tú estudies en esta escuela de música para aprender a tocar el violín.

- No... no... estoy soñando.

- No estás soñando, es verdad.

- No me lo puedo creer... Ay, vida... Muchísimas gracias, me has hecho la mujer más feliz del mundo.

- La sorpresa no acaba aquí, mi amor. Te regalo el violín de mi tienda, y también mi corazón.

En aquel momento, Lucía rompió a llorar. Estaba tan feliz... Sus ojos brillaban de alegría. Me abrazó llorando.

- Muchas gracias, Juan. Estoy tan feliz, es el día más feliz de mi vida. No lo voy a olvidar nunca.

- Te prometo que no será el último día en que te sientas feliz. Te doy mi palabra de que todos los días te sentirás así. Como hoy.

Ese día lo pasamos cogiditos de la mano, paseando por el parque. Aquél día grabamos nuestros nombres en uno de los árboles del parque. Nunca olvidaré ese día tan especial...

En el parque de mi ciudad, cerca del mar

Los días siguientes Lucía los pasó en la escuela de música y yo en la tienda. Por las tardes nos veíamos en el parque. Durante todo ese tiempo, pagué sus estudios con mis ahorros.



El tiempo pasaba y yo cada día tenía más claro que quería pasar mi vida junto a Lucía. Se lo conté a mi familia. Había decidido casarme con ella. Ellos estuvieron de acuerdo, porque me veían feliz

con Lucía. Se habían fijado en mi sonrisa de felicidad que me llenaba la cuando hablaba de ella.

Como le había prometido a Lucía hacerla siempre feliz, pensé en darle otra sorpresa. Había pensado en pedirle su mano. Aquel día salí muy temprano de la casa, fui a una joyería para comprar el anillo. Estaba feliz, pero muy nervioso. Escogí un anillo que brillaba mucho, como los ojos de mi Lucía. Preparé bien ese día tan especial para nosotros. Camino al parque, donde nos encontrábamos cada tarde, pensaba en aquello que le iba a decir. Deseaba encontrar las palabras más adecuadas y más bonitas que existían para expresar mi amor. Estaba pensando en ello cuando, de repente, oí un ruido muy fuerte que me descentró de mis pensamientos. Era un coche. Había atropellado a alguien. Me apresuré hacia el ruido que había escuchado, había mucha gente. Atravesé la muralla de personas para ver qué había pasado y vi que...

- ¿Qué viste, tío?

- Vi... vi a Lucía... Aquel coche había atropellado a Lucía.

- No... ay, tío, no... no me digas que Lucía...

- El día que yo pensé que sería la más feliz de nuestras vidas resultó fatal... Aquel día fue el peor día de mi vida. Ese día yo morí junto a Lucía. Murió mi sueño, mi corazón, mi alma, mi amor, mi vida. Desde aquel día, no pude ver más los ojos azules, no pude ver la sonrisa, no pude ver jamás su belleza, no puedo ver más a mi Lucía. Junto con ella se fueron mi alma y mi corazón. Desde aquel día, yo no he vivido. Yo no vivo. Sólo existo físicamente. No tengo ni alma, ni corazón. Me gusta venir aquí porque el color del mar me recuerda los ojos de ella. El mar me recuerda su sonrisa. Me gusta venir aquí porque las olas del mar me traen desde lejos la nostalgia de aquel tiempo cuando Lucía y yo éramos felices. Yo viví la felicidad aunque por poco tiempo. Yo la amé, la amo y seguiré amando a Lucía para siempre...

Conmovida, no me atreví a decir nada.

- Vamos, sobrina, quiero enseñarte el árbol en que nosotros escribimos nuestros nombres... ven.

Cuando vi los nombres de mi tío y de Lucía, allí, en el tronco del árbol que veía pasar el tiempo, supe que mi tío la esperaba cada tarde en aquel parque de una ciudad que no sólo le había dado la oportunidad de abrir un negocio de instrumentos de música, sino

En el parque de mi ciudad, cerca del mar

que también le dio la oportunidad de conocer el amor de una joven que sólo quería tocar el violín. Mi tío ya no se acordaba de su cuerpo bajo las ruedas del coche. Empezó a contar que Lucía se había ido al extranjero para seguir tocando el violín, triunfando con su talento, pero que, seguramente, una tarde volvería al parque que estaba junto al mar.

3^{er} Premio

Greta Bighiu

Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava, Rumanía

Alma vieja

Ya era tarde, y en el cuarto de Teresa la oscuridad perduraba, sobre todo en su alma. Por culpa de la decepción de su vida, ocasionada por Miguel, Teresa no podía ver la verdadera belleza que tenía a su alrededor. No quería ver nada especial en ella, la belleza del pasado ya no existía para ella. Aunque se miraba a menudo en el espejo, sus ojos estaban siempre tristes y su mirada estaba perdida, como buscando una respuesta a todo lo que había sucedido.

Un año antes, Teresa era una mujer llena de vida y de entusiasmo, que sabía vivir cada momento como si fuera el último. Nunca perdía el tiempo encerrada entre cuatro paredes.

Pero un día su serenidad se vio perturbada por un hombre misterioso que mostraba muchas ganas de conocerla. Después de su primer encuentro, se reunían siempre en la orilla de un lago, cerca de un sauce llorón, vencido por el peso del tiempo, y a cada soplo de viento el sauce se movía dulcemente, como si hubiera querido darles la bienvenida a los dos jóvenes.

El tiempo para esos dos enamorados era un reloj paralizado y olvidado. Así pasaron los días, las semanas, los meses para los dos; pero, por lo visto, Miguel no tenía lugar en su corazón para Teresa, y sin embargo ella no tenía la mínima idea de lo que le iba a suceder. Porque un día, él cambió sin un motivo, alejándola de su corazón.

Teresa era una mujer que miraba el amor con añoranza enorme, con asombro, con avidez, con comprensión, lo guardaba en su pecho para que creciera y se hiciera hermoso, lo atesoraba con todas sus esperanzas y sus sueños. Sentía ese amor con todas las fuerzas de su corazón.

Dicen que en la tierra de la felicidad no hay lugar para el dolor, pero Miguel ignoraba la pureza de esas palabras.

Un día, el aire melancólico flotaba encima de Teresa. Ella estaba esperando en el mismo lago a Miguel, pero todo alrededor predecía lo que estaba por suceder. El sauce parecía suspirar y mirar a Teresa con ojos extraños, como tratando de alentarla.



Lo esperó durante mucho tiempo aquella tarde, y ya llegó el momento en que Teresa se dijo a sí misma: “¿Por qué hace una semana estábamos los dos sonrientes, cogidos de la mano? Se fue

lejos de mí, su novia, la mujer que decía amar. Se fue y queda atrás su perfume y todos los recuerdos que ahora me queman el corazón casi como un mal sueño... hace una semana lo tuve en mis brazos mientras se dormía con una sonrisa en sus labios...”

Se levantó del banco que había sido su único amigo mientras esperaba a Miguel, y cuando miró por encima del hombro vio una carta en un banco más retirado. Se acercó y sintió un escalofrío: “¡Creo que es para mí!”. Con lágrimas en los ojos y en el corazón, abrió el sobre y, vencida por la emoción, comenzó a leer:

“Teresa:

No fue bonito, ni tampoco agradable para ti causarte tanto dolor en el alma. No puedo seguir así, quiero conocer a otra persona... A lo mejor me has sofocado, o no me has amado lo suficiente o yo no te he amado. Ya no puedo verte como una novia, y mi corazón no quiere sentirte cerca. Ya basta, me alejo sin ninguna explicación, me pierdo en el ocaso y, lo siento decirte, pero ya no siento nada por ti, quizás compasión.”

Miguel

Sintiendo como si un puñal la hubiera golpeado en el pecho, Teresa cayó como segada por un relámpago. Aquella tarde, otras personas que caminaban por los alrededores, vieron a un ángel abandonado y caído desde las alturas de la felicidad.

La llevaron inmediatamente al hospital, y cuando Teresa abrió los ojos, quiso creer que todo había sido sólo un fragmento de un diario ajeno, de un chico sin sentimientos, esperaba no ver, y ni siquiera sentir cómo se le molía el alma de dolor.

Se levantó de la cama sintiéndose desprovista de los sentimientos hermosos y se dirigió con pasos pesados hacia el espejo. Pero no pudo creer lo que veía... una mujer pálida, con ojos como cubiertos de telarañas y el pelo de color blanco como la espuma de la leche. No entendía por qué se veía así, cuando oyó dos voces hablando en una habitación contigua: “No quiero ni imaginarme la reacción de Teresa cuando se dé cuenta de que acaba de ser despertada de un coma profundo”, dijo el doctor. La enfermera parecía como que no se atrevía a contestar, sin embargo respondió: “Esperemos que se recupere”.

La tristeza y el dolor le habían envejecido la cara, la sonrisa no era la de antes, era una sonrisa mecánica, una pura persona transformada en un robot programado, una identidad perdida y algunas alas rotas en el vuelo hacia la felicidad.

Miguel había desaparecido sin razón, y jamás había vuelto, su sombra se había dispersado en la distancia como un puñado de arena arrojado al viento, dejando un enorme dolor y tantas dudas en el alma de Teresa, un alma marchita.

Un día que se sintió mejor, Teresa decidió ir al mismo lugar de siempre, donde una vez se consumió el romance. Al llegar allí se sentó en un banco donde un viejo demacrado escribía una carta.

Teresa miraba perdida hacia el lago, cuando el viejo le hizo una pregunta: "¿Te veo triste, tienes malos recuerdos de este lugar?".

Teresa suspiró y le preguntó: "Pero tú ¿qué estás escribiendo?".

Sin responder, el viejo se levantó del banco con la mirada perdida y su sombra desapareció en el ocaso. Teresa miró hacia atrás y suspiró diciéndose a sí misma: "Sé que es Miguel".

Allí terminó el drama de Teresa, que entendió que los ojos de Miguel no habían visto la verdad de sus sentimientos, y su corazón no había sentido nunca el suave roce del amor.

Mención especial

Vera Qinami
Universidad de Tirana, Albania

Carta a una madre ausente

En memoria de todas aquellas mujeres que luchan en contra de su peor enemigo, el cáncer. Especialmente en memoria de mi tía y en honor a mi madre que está haciendo todo lo posible para sobrevivirle a este monstruo. Sólo os quería decir que os tenemos en el corazón aunque estéis lejos, aunque estéis en la tierra o en el cielo.

Estoy aquí sentada en tu cuarto favorito, en tu sofá favorito, aquí donde te encontraba cada día cuando venía del trabajo. Me esfuerzo para sentir tu aroma que ha resistido a los años de tu ausencia, pero es tan difícil encontrar al menos un pedacito de tu presencia. Cerca de mí están sentados todos tus seres queridos, tu marido, tus hijos y tus nietos. La casa está llena de ruido, pero en mí nada se siente, para mí todo está tan vacío como si estuviera yo sola en este cuarto, a pesar de los gritos de los niños o de las conversaciones que se hacen; sin ti, MADRE, todo parece sin vida. Incluso las paredes necesitan escuchar tu dulce voz que ya hace cinco años que falta en esta casa. Ellos se ven pálidos como si respetasen tu dolor, tu silencio, como si estuvieran sufriendo junto a ti porque fuiste tú la que, con tus propias manos, construyo cada parte de esta casa con tanto amor para vivir todos juntos, pero tú nunca estuviste aquí con nosotros disfrutando el fruto de tu trabajo. Te fuiste y nos dejaste en silencio sólo con recuerdos de ti.

Estoy aquí en nuestra casa pero no sé cuál es mi lugar. Cuando tú no estás aquí yo tampoco estoy. Tu cuarto parece como un árbol que no se marchita, pero que tampoco crece, como si estuviera esperando tu regreso a la vida que tuviste antes de estos terribles años. Yo duermo cada noche en tu cuarto, en tu cama, para tenerte en mis sueños, para estar junto a ti. Cada noche que estoy en tu cama le pido a Dios que te pongas bien y que te mejores

cuanto antes porque yo te necesito mucho. Yo no estoy preparada para sufrir tu pérdida, no hay niño que esté preparado para perder a su madre que le ha tenido siempre cerca. Quiero que sepas que yo no voy a parar hasta que tú regreses a tu cama sana y salva, ¿me oyes?, nunca voy a parar, y de eso quiero que estés segura.

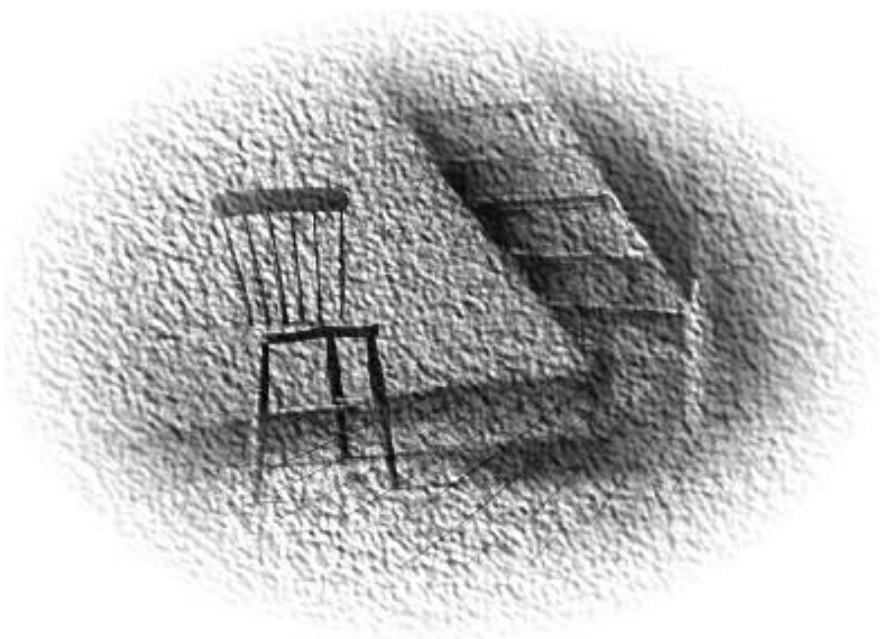
Fuiste al hospital a hacer un simple control médico, pero tus piernas nunca salieron de ese maldito hospital. Lo llamo así porque allí nos enteramos sobre aquello que te estaba comiendo por dentro. ¿Recuerdas tu reacción cuando el médico nos dijo lo que estaba sucediendo con tu cuerpo? Te reíste y le dijiste que no podía ser posible y que él había confundido los resultados. Al fin y al cabo, ¿quién podría imaginar que la flor más bella de nuestro jardín se estaba quemando por dentro? Nadie quiso creer que tú fuiste la persona que Dios escogió para tenerla cerca tan temprano. Dicen que a los buenos siempre los quiere Dios para tenerlos cerca, para estar en buena compañía. En este momento quisiera que tú no hubieras sido tan buena.

Los primeros días pasaron sin más, o mejor dicho, sin pesadillas, porque nadie creía que fuese verdad lo que los médicos dudaban, al menos esto fue lo que tú nos diste a entender con tu ánimo, con tu deseo de vivir y con tus ojos llenos de vida. Pero muy pronto todo ese ánimo se transformó en tristeza, porque los resultados verificaron que tu sufrías del tumor maligno en el seno y porque los médicos dijeron que la operación no se hacía aquí, sino en el extranjero. Yo era tan pequeña y no sabía lo que eso significaba para ti y para nosotros.

Desde aquél día hace ya cinco años que no te veo, que no te toco y que no siento tu amor cerca de mí. Cuando te fuiste para operarte, nos dejaste al cuidado de tu hermana. Nosotros sufrimos por ti y tú lo sabías, pero nunca quisiste llevarnos contigo, porque sabías que allí todo se iba a complicar al verte todos los días así, en tu tristeza. No puedo decir que tu hermana no haya cuidado bien de nosotros, pero nadie, madre, puede ocupar tu lugar. Te estoy muy agradecida por lo que hiciste con nosotros, pensaste en nosotros y nos dejaste aquí, fuera de tu dolor, y lo único que tenemos de ti es tu voz.

Te echo de menos estos días; llamas cada vez menos, porque no puedes hablar mucho y no tienes más fuerzas para mentirnos con tu voz, para decirnos que ya estás mejor y que los

medicamentos están haciendo su efecto y que vas a regresar muy pronto. No nos has mandado ninguna fotografía durante todo este tiempo de tu ausencia porque no quieres que nosotros te veamos en estas condiciones en las que estás, porque yo sé que tú no eres la misma por causa de la quimioterapia, y yo tampoco quiero verte así, en estas circunstancias, yo quiero recordarte siempre sonriendo. A veces pienso que es mejor que estés allí y que yo no te pueda ver, así no sufro tus heridas y tu enfermedad. De esta manera te recuerdo sólo con tu cara que lleva siempre una sonrisa; yo no sería capaz de ver cómo muere cada día una parte más de ti. Hay casos en los que dicen: ojos que no ven, corazón que no siente, pero...



Ojos que no ven, corazón que no siente - recuerdo que nos lo dijiste. En este momento no lo entendí, pero ahora esa frase recupera todo su sentido, porque yo te había 'adjudicado' un hada madrina para que te protegiera allí donde estuvieras. En cambio, tú

la rechazaste y la obligaste a quedarse con nosotros para que nos recordase, en los momentos oscuros mientras te esperábamos, tu imagen fresca, sonriente y, sobre todo, sana. Y llego a la conclusión de que no es verdad lo que tú nos dijiste antes de irte a este largo viaje.

¿Sabes qué? Te echo mucho de menos. Me hace falta tu dulce voz, tu sonrisa llena de vida, pero cuando más te necesito es el momento cuando me voy a dormir porque me falta tu presencia para desearme que sueñe con los angelitos, preguntarme sobre algún problema, abrazarme y darme el beso de las buenas noches.

El único momento en que no siento tristeza es cuando me acuesto porque allí es el momento cuando dejo libre toda mi imaginación. Cierro los ojos e imagino que estás junto a mí y te dejo un poco de espacio en mi cama. Tú llegas allí como siempre y me haces sentir muchísimas emociones que no sé cómo expresar. En este momento, soy el ser más feliz de este planeta cuando te tengo cerca de mí y te abrazo y te beso las manos. Lo más especial es cuando me acerco y siento tu aroma de Madre y te cuento todo lo que me ha pasado durante el día y tú me aconsejas me abrazas y me das tu beso de las buenas noches. Es el momento cuando tengo que volver a la realidad y sufro otra vez tu larga ausencia.

Eres mi primer pensamiento cuando abro los ojos cada mañana y mi último cuando cierro los ojos para dormir. Eres el brillo de cada día, el sol de cada mañana, la luna de cada noche, mi aire y mis ojos eres tú. Sin ti no sé si tengo vida o no. Es tan extraño que cuando te tenía cerca no te decía nada de estas cosas, tal vez porque sabía que te tenía y que siempre estarías allí por mí cuando yo te necesitase, pero no todo es así, como queremos que sea, y viene este momento y te digo todas estas cosas en una carta, cuando he tenido la oportunidad de decirte muchísimas cosas más cuando estabas aquí y yo te tenía cerca. Eso no quiere decir que yo no te amase cuando te tenía aquí, pero cuando sientes la ausencia de alguien te vuelves más sentimental, dices cosas que nunca sabías que existían dentro de ti. Eso mismo me está pasando a mi también, mamá; tú sabes que yo tengo un carácter muy fuerte y soy muy fría con los demás, pero durante este tiempo he descubierto que las personas que parecen muy fuertes en realidad son muy frágiles por dentro y sufren más que los otros la ausencia de una persona que quieren y que no tienen cerca.

Yo sé que para ti todo fue un golpe fuerte y sé también que, aunque mejores, nunca serás la misma de antes, porque si superas la quimioterapia, te va a faltar algo de tu cuerpo, de tu belleza femenina. Esos dos atributos que sobresalen del tronco de tu cuerpo para realzar la hermosura de tus formas. Sé que esta pérdida la sufrirás en silencio, pero, madre, no te preocupes, porque lo más importante es tenerte cerca junto a nosotros y todo lo demás se va solucionar. No vale la pena pensar en algo que te va a faltar de tu cuerpo, si es necesario yo te doy mi seno sólo para que tu estés con nosotros; no importa el precio que tenga que pagar para verte una vez más. Yo sé que tú eres fuerte y harás de todo para estar con tus seres queridos. Tú sabes que eres nuestra respiración. Si tú no estás, nosotros tampoco estamos. Así que elige tú: si quieres estar en vida con nosotros o irte y dejarnos solos.

Sólo quería decirte que durante todo este tiempo a mis ojos les ha faltado tu presencia física, tu cara, tu voz, tu sonrisa, tus gritos, tu dulzura, todo lo tuyo. Tal vez los ojos te hayan olvidado, pero mi corazón te recuerda cada segundo de mi respiración, de mi existencia, te recuerdo con o sin conciencia, así que, por favor, tráeme algo tuyo de allí donde estés, sólo para que yo pueda sentir una vez más tu aroma. Es todo lo que te pido para tranquilizar mi corazón que te busca en cada momento.

Madre, sé fuerte y lucha en contra de este 'amigo no invitado' que quiere tomarte consigo y separarte de nosotros, porque no sólo yo, pero todos te necesitamos cerca de los ojos. Vas a decir que me 'llama la sangre', y por eso te estoy buscando, pero no, madre, lo que te está llamando es el corazón, te llama el alma, el amor; a pesar de lo lejos que estés, yo sé que tu escuchas mi grito, la necesidad de tenerte cerca es una necesidad que no tiene explicación, una necesidad que me está destruyendo por dentro. Tal vez sea el miedo que siento que si no te tengo cerca, te voy a olvidar, como los ojos han hecho con tu apariencia física.

Tengo miedo de que mi corazón me traicione y te olvide para siempre. Pero todo eso es un pensamiento del momento, porque yo sé que tú siempre estarás cerca de mis ojos y de mi corazón. Te voy a tener cerca de mi corazón, de mi alma y de mi cuerpo en cada segundo de esta vida. Y ahora me tengo que ir porque no puedo, en este momento, escribir más para ti, como si fueses alguien a quien quizás no vuelva a ver. Yo estoy segura de

que tú en algún momento vas a entrar por esta puerta y decirnos que ya estás de vuelta y que no te alejarás nunca más de nosotros. Con esta carta sólo quería recordarte que no estás sola en todo eso, estamos todos contigo en estos momentos que estás pasando. No te olvides de que esto es solamente una prueba que la vida te ha reservado y que la vas a superar con éxito.

MADRE, NO TENGAS MIEDO, LA FRASE 'OJOS QUE NO VEN, CORAZÓN QUE NO SIENTE' ES MENTIRA; TÚ ESTARÁS SIEMPRE EN MI CORAZÓN, AUNQUE MIS OJOS NO TE VEAN Y ESTO ES UN AMOR VERDADERO, CREO YO.

TE ESTAMOS ESPERANDO LLENOS DE AMOR POR TI.

Mención especial

Roxana Pancu

Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava, Rumanía

Pensamientos profanados en palabras

Toda la vida vacilamos entre realidad y fantasía. Somos unas mariposas atraídas por una bombilla que no es la realidad o huimos de la realidad y nos refugiamos entre cálidas y suaves paredes de mundos imaginarios. Estos mundos se mezclan hasta que se instala cómodamente la confusión y perdemos el control de nuestra posición en este mundo incierto.

¿Este amanecer es de verdad? La lluvia que rascaba el parabrisas del coche como en una vieja película parecía decirme que sí.

Me detuve. Paré el coche y dije que era tiempo para respirar. La sinceridad es tal vez el arma más poderoso. Detuve el coche cerca de un parque.

Una anciana está sentada, calma, en un banco. Nosotros nunca tendremos algo en común. Sólo esta única vez, cuando yo le miro a ella y ella no lo sabe. Frente a ella hay una estatua colocada de espaldas a nosotros.

Cerca de parque hay una iglesia. Un hombre con la camisa negra se persigna. La anciana se levanta y se va.

La sinceridad es un arma de fuego, difícil de usar. Te haces daño a ti mismo. El daño es irreversible.

Todo se puede perder: fama, dinero, miedo y arrogancia.

En este momento ha pasado delante de mí una historia con el pelo negro. Sobre el hombre que tiene una guitarra que deja un aroma diseñado para revolver los recuerdos.

¡Qué alto puede ser lo que desea el hombre!

Me tranquiliza la idea de que el hombre tiene adentro una fuente latente de grandeza que puede activarse. Algo de la majestad de los árboles puede encontrarse en cada hombre.

Abrí las ventanas del coche.

¡Qué lleno de recuerdos está este coche! Siento como que si yo lo vendiera, vendería mi propio pasado.

Algunas flores nunca empiezan a florecer. La sinceridad es tan hermosa como el verano. Nosotros nunca realmente elegimos.

La vida es más divertida cuando pienso que para mí elige el niño que era hace veinte años. Yo soy sólo su marioneta.

Un muchacho con el pelo rizado corriendo tras un perro por el parque. El sol está escondido entre las nubes. La estatua parece más pesada. Una brisa de viento se siente como si fuera el tiempo de elegir.

¡La pausa se termina!

¿Qué sucede? Me desperté en un cuarto oscuro donde nunca había estado.

Todo me huele a miedo y a falta de entusiasmo. Me doy cuenta de que estoy sola frente a mis dramas, frente a las grandes decisiones.

Estoy en un lugar donde los consejos no importan. No hay ninguna posibilidad de compartir.

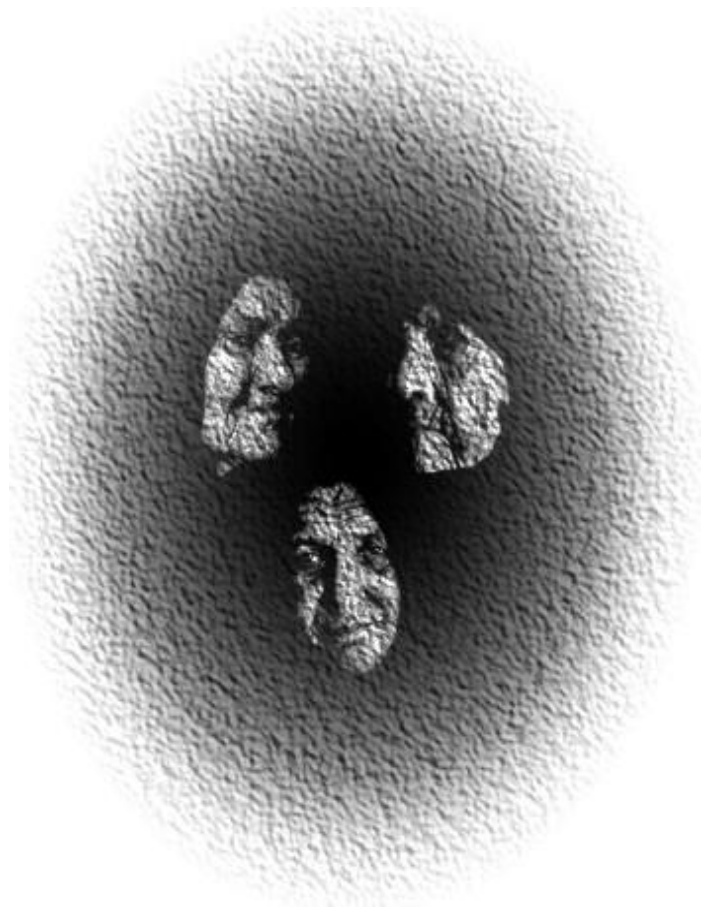
Frente a la pequeña ventana se sentaron unas palomas blancas que me devolvían por un segundo la esperanza, pero pronto desaparecieron.

Delante de mí, colocadas en un pedestal, hay tres decisiones. Ellas me miran con un aire severo, malicioso, mudo. Debo elegir una de ellas. Yo las conozco muy bien. Vicios y virtudes me miran detrás de los ojos apáticos. Me he alimentado la ilusión de que sólo una sería capaz de mostrarme la manera correcta.

No me quiero arriesgar, pero tengo que elegir. ¡Me enfoco! Me fijo la mirada en cada una de ellas. Tengo la sensación de que han hablado antes de sentarse delante de mí. Si me fijo mejor a mi alrededor, este lugar más parece un casino.

La indecisión apesta a carroña. Una certeza, eso sí: a cualquiera de ellas que se dirija mi dedo índice temblando, espero que una puerta se abra de repente y que salga una corriente de aire fresco, aunque sea viento del Norte o huracán que rompa mis vestidos, cualquier cosa es mejor que el olor a indeterminación. Yo estoy sola frente a mis decisiones. ¡Ha llegado el momento!

El silencio absoluto se escucha en la sala de audiencias. Un moribundo hilo de saliva es la única conexión entre mis labios. El aire se pone en movimiento. Las tres señoras me miran fijamente.



Delante del edificio de la corte están mis parientes que ven este partido condenado al fracaso. De todas formas, nunca he escuchado las indicaciones que me llegaban desde la tribuna. Me bajo a la tierra. Dibujar el tiempo...

¿Cuántos segundos, minutos o días?

¡Siento que no tengo aire! Oigo el grito desesperado de mi madre que se asusta de que yo no miro a la izquierda al cruzar la

calle. Me mira mi papá con el ojo de la razón. Sus ojos están cansados. Aunque está muy arriba, lo siento rodeado de la luz del deslumbramiento. Él quiere decirme muchas cosas. De pronto levanto mi mirada. La infancia se prolonga hacia las paredes. Las señoras decisiones ríen ruidosamente. Mi mirada se congela.

Me dirijo una última idea, antes de tomar una decisión. Más de diez años tardaremos en ver cuáles son las consecuencias de esta decisión. Me pregunto: ¿qué pasará con la felicidad? Intento echar este pensamiento entre las antiguas puertas del Palacio de Justicia.

Entonces lo recuerdo. Las personas cometen grandes errores por amor. Compasión hacia su pareja, insatisfacción o infelicidad y hombro que le dan no significan nada más que un antiinflamatorio o, a lo sumo, un anestésico.

Entender las necesidades reales de la persona que amas es la apuesta en una relación. Uno tiene que penetrar profundamente en el alma de aquel que vive cerca, y no es para transformar la relación en un cliché. Sobre eso viene el miedo que tiene la gente de decir delante del otro lo que realmente quiere decir.

Con el pretexto del amor la gente elige cuidar de su pareja. Algunas cosas no se dicen porque sería demasiado duro para la persona que uno ama. El amor es pérfido y limpio al mismo tiempo. Él nace y florece con los sentimientos más edificantes, pero muere envenenado por las dudas ocultas. El poder de conocer todo sobre tu pareja sin rebotar las aguas dentro de tu alma, sí, este el mayor reto del amor.

El amor comienza con preguntas sencillas que nosotros hacemos y termina con algunas preguntas simples que no podemos hacer otra vez.

¡Ha llegado el momento! Tengo que tomar una decisión. Yo no elegiré entre las tres opciones, pero prefiero salir, elijo la libertad, lo dejo todo atrás, mirando hacia adelante, porque creo que si los ojos no ven, el corazón no siente.

¡La cosa más importante es mi alma!

Ioana Marțincu
Universidad "Stefan cel Mare" de Suceava, Rumanía

Historia de amor y de guerra

Por los años 40, en los tiempos de la segunda guerra mundial, dos jóvenes vivían la más intensa y bonita historia de amor. Pero sus caminos tenían que separarse en un cierto momento y su amor iba a ser puesto a prueba.

Irina, una chica de veintidós años, era maestra en una escuela de lași cuando conoció al teniente Andrei Popescu, que estaba con el regimiento en su ciudad. Fue amor a primera vista. Se conocieron casualmente en el parque cuando ella se cayó por descuido y el le ayudó a levantarse. Una de las más bonitas historias de amor tenía que nacer en aquel momento.

Después hubo encuentros románticos bajo la luna, flores y poemas de amor, y finalmente el anillo de compromiso. Irina era muy feliz, pero su felicidad estaba sombreada por el pensamiento de que Andrei había de irse a la guerra y no sabía si regresaría. La consumían las inquietudes y los malos pensamientos, quería de todo su corazón que él se quedara, que se hiciera un milagro para que no se diera la orden de salida.

Pero dentro de poco vino la orden y Andrei tuvo que irse al frente. Irina lloró durante mucho tiempo, pero tenía confianza de que Andrei regresaría sano y salvo. Así se lo prometió, que regresaría y harían boda y vivirían en paz y felicidad.

Desde que Andrei se había ido, los días pasaban penosamente. Para Irina ya nada era igual. El aire la ahogaba, todo estaba más pálido, nada le encantaba, ni su trabajo, ni tampoco sus alumnos.

Esperaba con mucha impaciencia recibir noticias de Andrei, para saber que estaba bien y que cumpliría su promesa. Un mes después de su salida, Irina recibió una carta de él, y allí le decía que estaba bien, que la echaba de menos y que la amaba mucho. Le decía que podía estar tranquila, que él regresaría. Esas líneas le dieron más esperanza y fuerzas para seguir. Una semana después,

Irina recibió una mala noticia: Andrei había sido herido y estaba ingresado en un hospital de la capital.

Irina corrió a la estación para coger el tren hacia Bucarest. Estaba en choque. No entendía nada, no comprendía qué sucedía, pensaba que no era verdad. Al llegar al hospital, cuando lo vio tendido en la cama y vendado, no lo pudo creer. Se echó a llorar y a besarlo diciéndole que despertara, pues ella estaba con él, que todo se arreglaría.

Andrei había estado herido por una explosión, y se había quedado ciego y sin una pierna. Irina lo cuidó, lo ayudó y estuvo en cada momento a su lado.



Pero Andrei había cambiado. Había llegado a ser distante. Se portaba muy mal con Irina, la apartaba de su lado, le decía que

se fuera y que se buscara a otro hombre. Irina lloraba por todas aquellas palabras, pero se empeñaba más en quedarse con él. Todas sus palabras le dolían a Irina, no entendía por qué él se portaba así con ella, cuando ella lo amaba tanto y sólo quería su bien.

En el fondo de su corazón, Andrei la amaba mucho y le dolía cada ofensa que le dirigía a Irina, pero quería que ella encontrara otro amor, un joven hermoso y sano que pudiera ofrecerle todo lo que ella se merecía.

Andrei sufría mucho por su ceguera, pero se negaba a creer que jamás volvería a ver. No quería que Irina también sufriera por su problema. Podía acostumbrarse a la idea de ser minusválido, pero lo de ser ciego y nunca más poder ver la luz del día y el rostro de su hermosa novia le desgarraba el corazón. Andrei quería que Irina tuviera todo lo que se merecía, que no se atormentara por él y que se olvidara de su amor.

Pero al corazón no se le puede mandar. Con el tiempo, Andrei empezó a abrirse el corazón y a darle al amor una nueva oportunidad. Siguió la boda, Irina estaba muy feliz de que todos esos años no habían sido en vano.

Elisabeta Ffroku

Universidad de Tirana, Albania

Ojos ciegos, ciego corazón

Esta es la historia de Camila y Francisco. Una historia que empezó como un cuento de hadas, pero que después acabó en una pesadilla.

Camila es de un pequeño pueblo catalán y tiene 24 años, mientras que Francisco es de Vigo y tiene 25. Se conocieron en Madrid. En el metro. Ella acababa de llegar a la gran ciudad para hacer una entrevista de trabajo en la televisión ya que había estudiado periodismo, y se sentía un poco perdida entre el tumulto de la gente que iba y venía.

Las puertas que se abren y que se cierran, y la voz metálica de una persona que anuncia las paradas. Se agobia y busca entre las personas a alguien que la mire. Y la encuentra. Se llama Francisco. Se miran y entienden que su relación no se quedará sólo en una pregunta sobre una dirección.

Camila y Francisco llevan cuatro años juntos pero las cosas cambian cuando él decide irse a Argentina porque le han ofrecido un buen trabajo. Francisco es ingeniero, pero en España no encuentra la oportunidad que sí le ofrece Buenos Aires. A pesar de habérselo pedido, Camila no puede irse con él porque su trabajo es estable. Así que Francisco se traslada solo a Buenos Aires. A Camila le hace mucha falta Francisco, y él siente lo mismo. Cuando llegan las navidades, ella le hace una visita sorpresa.

Llega a Buenos Aires, coge un taxi y se va derecho a casa de Francisco. Toca a la puerta, impaciente, nerviosa... Nadie le responde... Toca a la puerta por segunda vez... De nuevo, silencio... Piensa que es raro que Francisco no esté en casa a esas horas. Toca una tercera vez y entonces escucha un ruido y una voz que dice:

-¡Voy!

Aparece Francisco en pijama y medio dormido. Abre los ojos sorprendido y pasmado. Camila le abraza. Pasan las mejores navidades de sus vidas sin saber que serán las últimas navidades que pasarán juntos...

Cuando Camila regresa a Madrid empieza su rutina de nuevo. Ya está feliz por haber pasado con su novio unas navidades inolvidables, pero también siente tristeza porque tiene que esperar a que llegue el verano para volver a verle. El teléfono y el facebook son un modesto alivio contra la soledad. Sin embargo, con el paso del tiempo, empieza a notar algo sospechoso en las palabras de Francisco. Ya no son tan cálidas como siempre, sino que su voz suena fría. Sus llamadas son más cortas que de costumbre y sus mensajes ya no son como antes. Camila piensa que el trabajo de Francisco es muy duro y le quita mucho tiempo. Porque ella confía en él con toda su alma y esa confianza es la que le dice que está bien.

Una tarde, Camila decide salir con una amiga del trabajo, Paola, para tomar un café en la pausa del trabajo, pero su cabeza está en otra parte. Paola se da cuenta inmediatamente de que Camila está preocupada por algo y que espera una llamada, ya que no deja de mirar el móvil que está sobre la mesa, al lado de un café que no toca y que se enfría. Le coge una mano.

- Camila, ¿estás bien? - le pregunta con cariño.

- No, no estoy bien - responde Camila, a punto de echarse a llorar. Y le cuenta el cambio de actitud de Francisco, pero sigue pensando que todo está bien.

Paola guarda silencio por unos minutos antes de decidirse a preguntar:

- Camila, ¿tú piensas que Francisco esté con otra?

- No, no y no - responde enérgicamente Camila. - Él nunca me haría eso porque nos amamos. Llevamos más de cuatro años juntos... Confío en él... - y bajando la voz: - Además, ya sabes, *Ojos que no ven, corazón que no siente...* - ni ella misma puede creer lo que acaba de decir. - No podría creerlo nunca si no lo veo con mis propios ojos, la verdad - termina por fin.

- Entonces... - empieza Paola lentamente - sólo te falta comprobarlo... Es decir, sólo tienes que ir a Buenos Aires lo antes posible - aconseja. - Así tú también te tranquilizas y sales de dudas.

Y vuelven al despacho. Camila se siente un poco mejor después de haber hablado con Paola. Esa misma noche, habla con Francisco y nota que nada ha cambiado, que sigue estando frío. Parecen un par de desconocidos. Sus palabras están cargadas de cortesía. Las dudas de Camila se hacen más grandes. Así que Camila decide ir a Buenos Aires para aclararlo todo. Ya no le vale la confianza ciega para seguir con Francisco.

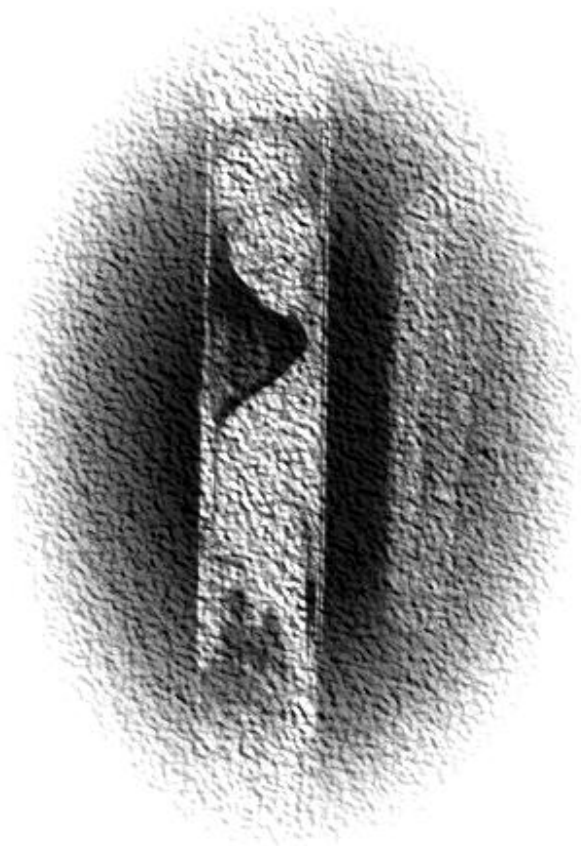
Cuando llega a Buenos Aires, la puerta del piso de Francisco le da miedo. ¿Qué es lo que encontrará detrás de ella? Está a punto de dar marcha atrás, pero recuerda la frialdad de él... Toca el timbre. Unos pasos. El corazón de Camila está a punto de salirsele del pecho... Se abre... Una chica alta, rubia y con los ojos azules la mira con una sonrisa.

- Perdona, creo que me he equivocado de puerta - dice Camila, intentando engañarse una vez más a sí misma. - Estoy buscando la casa de Francisco Ruiz - añade. - Disculpa - y se da media vuelta.

- No, no, pero si no estás equivocada - le responde la chica rubia sin dejar de sonreír. - Ésta es la casa de Francisco Ruiz. Yo soy su novia - informa.

Cuando Camila escucha esta palabra, “novia”, el mundo se le cae encima. Empieza a llover en su alma. La chica le sugiere que entre y le espere. Sin saber el porqué, Camila decide entrar para enfrentarse al que creía su gran amor, al chico que le juró amor eterno y que le prometió las estrellas. No tarda mucho en llegar. Viene con unas rosas para su novia, la chica rubia que no deja de sonreír. Ella le abraza y le besa delante de Camila. Francisco se queda inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Camila no puede aguantar más y se va corriendo de su casa. Francisco corre detrás de ella, pero no logra alcanzarla.

Camila sube al avión llorando. Ya no es la misma chica confiada. No es la misma, por culpa de Francisco. Llega a Madrid después de siete horas interminables de vuelo. A ella le habían parecido una eternidad fría, negra, sin luz y llena de lágrimas.



Apenas llega a su casa, se toma una botella entera de ron, ella sola, sin parar. Grita dolida. Destruye toda la casa. Quita las fotos de Francisco y de ella cuando eran felices. Las tira por la ventana. Lloro sin parar. Grita diciendo:

-¿Por qué? ¿Por qué a mí?

Me dejaste para correr a los brazos de la otra.

Me dejaste para correr sin mí.

Me dejaste para escapar de mi amor.

Me dejaste para verme llorar.

*Me dejaste para morir por ti.
Me dejaste y sola me dejaste.
Sin ti.*

Camila se ahoga en el profundo dolor de una botella llena de lágrimas, tristeza y gritos. En una botella donde sólo encuentra liberación. Liberación de sí misma; liberación del dolor; liberación de los recuerdos. Liberación infinita. Repitiendo sus hermosas frases y sus dulces palabras. Repitiendo el nombre de él. Francisco. De su ángel quien ahora es un diablo para ella. Un diablo que le ha roto el corazón sin piedad. Esa lamentación dura meses y meses, porque ella ya no tiene fuerzas para continuar con su vida.

Llega el día de su aniversario. El día en que Camila debería sentirse más feliz que nunca. El día que ellos se iban a comprometer. Camila se arregla por primera vez después de unos meses de infierno. Sale a caminar por la ciudad. Lo ha decidido. Ya no va a ser la misma de antes. Ya ese ángel no existe dentro de ella. Esta muerta por dentro. Muerta por causa del amor. Muerta por una traición. Sonríe mientras su alma está llorando. De repente, le ve de nuevo. A él. A Francisco. Está en el parque donde ellos han pasado tantas tardes juntos, y lleva sus rosas favoritas. Las azules. Le ve de nuevo. Le ve sonreír. Francisco corre hacia ella. Le suplica que le perdone, pero no lo consigue. Todo ha terminado. Su Camila murió el día en que se fue corriendo de su casa en Buenos Aires, cuando le vio en los brazos de otra mujer. La mató allí mismo. La chica que tiene delante ya no es la misma chica. Ya no es su amor. No es ya la mujer a la que él mintió. No es ya la misma mujer a la que él traicionó. Ya no es ella. Ya no es Camila.

Camila se alejó de él y se fue sin mirar atrás. Francisco estaba arrepentido por haberla traicionado, y por esa razón había regresado a Madrid, para no volver jamás a Argentina. Empezó a llorar en medio de la calle.

- ¡Perdóname! - le suplicó, pero Camila siguió su camino.

Francisco se fue a un bar y no paró de beber hasta emborracharse. No quería sentir tanto dolor. Gritaba y lloraba en el bar. Unos amigos le llevaron a casa.

Pasaron los meses y Camila conoció a otro chico. Se llamaba Cristóbal. Al principio eran amigos pero después, poco a poco, esa amistad se transformó en algo más profundo. Empezaron a salir en serio. Cuando Francisco se enteró de que Camila y Cristóbal eran novios, muerto de celos, fue a casa de su rival y se pelearon.

Al enterarse, Camila llamó enfadada a Francisco por teléfono:

-¡No te quiero ver nunca en mi vida! Por fin, encontré el amor verdadero. Por fin, he rehecho mi vida después de lo que me hiciste, Francisco. Y ahora, llegas tú y quieres destruirme de nuevo. ¡Ya no te quiero! Dejé de hacerlo cuando salí por la puerta de tu casa, ¿te acuerdas? Dejaste de ser el único hombre para mí después de tu traición. No vale la pena intentarlo una vez más. Ya no vale lo “nuestro” que un día tuvimos. Lo único que te pido es que me dejes vivir. Déjame vivir mi vida. Déjame en paz. Déjame estar con alguien que no seas tú. Déjame los bonitos recuerdos que tuve contigo. Déjame estar sin ti. He aprendido a vivir sin ti. Ahora te toca a ti vivir sin mí. ¡Acostúmbrate! ¡Adiós! - y le colgó sin dejar que él hablase. Ya no había nada más qué decir.

Francisco quiso hablarle pero no tenía más valor. Se había ido de su vida hacía mucho tiempo.

Meses más tarde, Cristóbal le pidió a Camila que se casase con él. Y ella le respondió que sí, muy feliz. De nuevo estaba comprometida con alguien. Se sentía libre y no le hacía falta beber para sentirse así. De nuevo era feliz con alguien. Con alguien que merecía la pena. Con un chico que la amaba de verdad y no la traicionaría jamás. Estaba segura de ello.

Se casaron tres meses después. Dos años más tarde, tuvieron una niña a la que llamaron Maite. Vivieron juntos y felices. Al mismo tiempo, Francisco empezó también una nueva vida, siendo más responsable. Él también conoció a una chica, pero prefirió tomarse las cosas poco a poco. Luego se dio cuenta de que ya no podía vivir sin ella.

Pero los dos, Camila y Francisco, aprendieron una lección muy importante en su vida: *Ojos que no ven, corazón que no siente.*

Cierto, pero los dos aprendieron que la confianza es ciega, pero que sólo bastaba con quitarse la venda de los ojos para destrozarla. Sin embargo, de las ruinas siempre puede surgir un

nuevo comienzo. Así que, cuando no queramos ver, debemos tener la confianza de saber que a veces la realidad nos puede traer otro sueño.

Y esa lección les sirvió para siempre. Ya su historia es sólo una leyenda. Años más tarde, Camila y Francisco se convirtieron en muy buenos amigos, demostrando así que aquellos que dicen que la amistad no es posible entre un hombre y una mujer, en su caso se equivocaban. Pero eso ya es otra historia.

Daniela Macovei
Universidad "Stefan cel Mare" de Suceava, Rumanía

Prisionera de un amor prohibido

Era uno de esos días maravillosos de mayo; me desperté muy temprano y caminé apresurado hacia el lugar donde la había visto el día anterior. Estaba de nuevo allí, disfrutando de la belleza de esa arboleda. Deseaba mucho acercarme a ella, pero había algo que me impedía perturbar ese silencio y la calma sobre su rostro hermoso.

Me quedé mirándola durante mucho tiempo, y ella estaba allí sin moverse, sonriendo un poco al oír un pajarito cantando. Esa imagen no podía no gustarte. Era encantadora, y además tenía en ella un grano de misterio que me atraía todavía más. Sentí un gran deseo de conocer a esa mujer.

De repente escuché un grito muy fuerte. Era mi madre; tenía que ir a mis clases a la Universidad. Eso me resultaba imposible desde cuando la había conocido. Antes me encantaba ir a la Universidad con mis compañeros, sabía lo que quería hacer con mi vida, pero ya no, ya estaba con la cabeza en las nubes. Ya no tenía paciencia hasta al amanecer.

El desayuno que antes tomaba junto con mis padres, ahora era sólo una fruta que agarraba apresurado de la mesa.

Hubo muchas madrugadas pasadas en la presencia de mi bella hada, y, sin embargo, ella no lo sabía. Aún no había logrado acercarme a ese ser tan hermoso.

El encuentro con ella fue totalmente distinto de cómo me lo había imaginado. Resulta que nuestros padres eran amigos, y un día vinieron de visita junto a ella.

Su nombre era Teresa. Ella no me conocía. Me quedé mirándola así como acostumbraba y la noté un poco distinta,

distraída e indiferente. Pero tenía la misma mirada tierna, dulce, aunque intentaba ocultarla.

Después me enteré del motivo real de la visita. Sus padres deseaban que su hija se casara conmigo y eso era también el deseo de mis padres. Yo me quedé encantado con esa idea, nada me hubiera hecho más feliz. Aunque no podía entender por qué a Teresa no la había visto nunca antes. Todo lo que pude averiguar fue que ella había pasado la mayor parte de su vida en un internado de Europa, haciendo sus estudios.

Lo que no me cuadraba fue el hecho de que a ella no le gustaba esa idea ni siquiera después de haberme visto y que lo hacía sólo para cumplir con las órdenes de sus padres.

Hubo muchos más encuentros entre nuestras familias, y en esas ocasiones yo me podía acercar más a ella, pero eso sólo la apartaba de mí más y más; y encima eso me convertía en el cómplice de sus padres. ¿Sería la timidez el motivo de su rechazo? - me preguntaba.

No, no lo era; después de varias semanas me enteré de su propio padre de la verdadera razón por la cual ella había pasado gran parte de su vida lejos. Teresa se había enamorado de un muchacho unos cuantos años mayor que ella, y que era pobre. Por lo visto, eso no les gustó a sus padres, y decidieron separarlos sin importarles el dolor que le causaron a su propia hija.

Ahora podía yo entender qué era lo que sombreaba ese brillo de sus ojos negros, así que me propuse conquistarla y borrar esos tristes recuerdos de su corazón; lo primero que debía hacer para ganar su confianza era decirle que a mí tampoco me gustaba la idea de una boda sin amor y sin sentimientos y que estaba de acuerdo con ella.

“De esa manera”, pensaba yo, “vamos a poder ser amigos”. Y así fue; me dijo que al principio pensaba que yo era uno de esos muchachos caprichosos y que no me importaba ningún sentimiento.

Después de haber pasado muchos momentos juntos, pero sólo como amigos, Teresa se animó a confesarme que nunca se dejaría involucrar en una relación y mucho menos se jugaría sus sentimientos. Eso me dejó muy desdichado y desanimado.

Las demás palabras

Cada día trataba de acercarme a ella para poder decirle lo que sentía, pero Teresa no me hacía caso, no veía nada, así como tampoco sentía nada por mí.

Uno de esos días, cuando llegó con sus padres de visita, decidí confesarle mis verdaderos sentimientos e intenciones. Fue imposible, porque Teresa se me adelantó diciéndome: "Vi a Jorge". La vi bastante triste y también emocionada. Yo no sabía quién era Jorge, pero al oírla hablar así de un hombre, cosa que muy pocas veces sucedía, me hizo pensar en él, mi rival, su gran amor.



Por las conversaciones que tuve con ella durante los próximos días, entendí que ese hombre todavía le importaba, que seguía intentando averiguar cosas sobre él, y hasta me pidió que la ayudara.

Me tomó poco tiempo para descubrir algunas informaciones sobre el tal Jorge, y la noticia de que estaba casado no la tomó por sorpresa como yo lo esperaba, sino que la hizo contenta. ¡Qué raro! pensé yo. Pero me dijo que estaba feliz porque él había podido superar esa gran decepción y que había vuelto a empezar desde el principio, cosa que ella, lamentablemente, no conseguiría nunca, porque se empeñaba en quedarse prisionera de un gran dolor.

Nuestros padres tenían mucha prisa en ponerle fecha a la boda, y finalmente lo consiguieron, así que decidí confesarle a mi hermosa Teresa que lo que nos unía no era sólo una sincera amistad, sino mucho más que eso.

No tardé nada en hacerlo... Entonces empezó a llorar y me gritó que la olvidara. También me pidió entre lágrimas que la ayudara para anular la boda, agradeciéndomelo de rodillas. Entendí que mi Teresa tenía ojos que no veían y corazón que no sentía; y todo lo que podía hacer para no lastimarla más era hacerle caso en lo que me había pedido.

Tardé mucho en convencer a mis padres de que no habría boda, pero al final lo logré. Sin embargo, la noticia de que la boda no se haría le hizo recapacitar a Teresa, porque de repente lo entendió todo; entendió lo que yo acababa de hacer por ella y vio la sinceridad de mis sentimientos.

Se animó a darse una nueva oportunidad. Así que, antes de tomar el vuelo hacia su prima en Europa, vino y me preguntó si yo estaba dispuesto a dejar la Universidad para viajar con ella un tiempo.

Esto tiene que ser el final del dolor y el principio de una gran historia de amor...

Daniela Fjolla y Dorela Hasani
Universidad de Tirana, Albania

Querido diario...

Querido diario, sé que llevo tiempo sin escribirte, sin contarte mis penas, mis alegrías y mi rutina, pero el tiempo y la vida vuelan sin dejarme espacio para hacer las cosas que me gustan, como escribirte a ti. He echado de menos desahogarme contigo. Ha pasado tanto tiempo y las cosas han cambiado mucho, ya no hay más locuras o tonterías de adolescentes, la vida no es tan fácil como me parecía a mí a esa edad. Los años han pasado y yo he crecido, he madurado, soy estudiante en el último año en la universidad, ahora tengo responsabilidades y estoy consciente cuando hago las cosas bien o mal, pero últimamente no sé ni adónde voy. No sé si la vida es complicada o soy yo la que complica las cosas, pero la verdad es que siento que me ahogo, que me falta el aire, ya no tengo ganas de hacer nada, ni siquiera salir con mis amigas, quiero sólo quedarme en la cama y dormir, y dormir sin pensar nada. Pero es imposible, porque mi cabeza tiene mil preguntas: ¿Por qué así?, ¿por qué a mí?, ¿qué hacer?, ¿qué estará pensando?, ¿qué es lo que tengo que hacer? y todas esas preguntas giran alrededor de él, sí, de él.

Pues, querido diario, igual que todo el mundo, yo también caí en el abismo del amor, ahora en mi vida existe él, él es Mark, y yo estoy perdidamente enamorada.

Mark llenó mi vida con detalles y momentos inolvidables. Con él descubrí la belleza del sentimiento, pero también la angustia, el miedo, el vacío que se te crea cuando te hace falta mucho una persona y lo único que quieres es correr para alcanzarlo y abrazarlo fuerte, pero esto es imposible. Yo sé que te confundí, pero ahora voy a contártelo todo desde el principio, cómo empezó mi historia con él y por qué me siento así.

Era un día de septiembre con un sol que me llenaba de positivismo. Era mi primer día de clases en la universidad, una nueva etapa importante, y, como podrás imaginarlo, tenía una angustia terrible porque no sabía con quién me iba a encontrar.

Como bien sabes tú, yo soy tímida y me cuesta hacer nuevas amistades, pero iba dispuesta a encontrarlas. Me arregle muy simple como siempre, pantalones, camisa y zapatos, los cabellos sueltos, y - como mi vicio de hacerme tarde sigue persiguiéndome- salí volando a la universidad. Corriendo por el pasillo, sin fijarme en la gente para encontrar el aula, me choqué con alguien. En ese mismo instante me paré sin entender nada, sólo vi delante de mí a un chico alto, moreno, con ojos oscuros muy profundos y misteriosos, que me inspiraban curiosidad. "Si no quieres matarte no vayas corriendo", me dijo; y sólo entonces recordé que tenía que darme prisa para encontrar el aula, así que le ofrecí una disculpa y seguí mi camino, pero su voz y su cara me habían impresionado tanto, que no pude sacármelo de la cabeza. Pues eso fue mi primer día: con un encuentro raro, pero bonito. Los días siguientes me volví a encontrar con él en el pasillo, y me miró raro, pero con una media sonrisa, como para recordarme que andara con cuidado. La vida nos trae sorpresas, y una de ellas fue cuando entré en la clase de diseño y le vi sentado en un banco, y a su lado estaba el único sitio libre para sentarme, ya que había llegado tarde, como siempre. Me sorprendió su presencia, pero camine hacia él y me senté. Él me miro y se echó a reír, y me preguntó si era siempre así; yo le sonreí y le dije que no era mi culpa si siempre me salían cosas que hacer. Nos presentamos y tuvimos una conversación muy bonita. Me dijo que se llamaba Mark, que venía de la provincia de Ontario del Canadá y estaba estudiando ingeniería, se sentía a gusto en nuestro país y le encantaba vivir aquí. Aaa... se me olvidaba decirte que yo estudio arquitectura en la mejor universidad de California, por eso coincidimos los dos en la misma clase de diseño. A decir la verdad, me encantó conocerlo, me pareció un buen chico. No sé cómo llamarlo, suerte, destino o no sé qué, pero la profesora de diseño nos puso juntos para hacer un proyecto que teníamos que presentar al final del curso. Así que empezamos a conocernos mejor, a pasar más tiempo juntos no sólo en la universidad, sino también fuera de ella, intercambiamos los números del móvil y, sin darme cuenta de cómo pasó el tiempo, ya estábamos hablando el uno con el otro las 24 horas al día sobre cualquier tema. Nos acercábamos cada día más y nuestras miradas eran cada vez más intensas, se entendía que algo pasaba entre los dos.

Las demás palabras

Un día antes de la Navidad, Mark me invitó a salir a cenar en un buen restaurante fuera de la ciudad. El lugar era fantástico, lleno de adornos y luces navideñas y un árbol enorme en medio del pasillo; desde la ventana se podía ver la ciudad, un panorama encantador que te hacía sentir la alegría de la fiesta. Ese día me sentía nerviosa, porque a pesar de que ya hacía tiempo desde que salía con él, de esta vez era distinto, sentía que algo iba a suceder y así fue. Mark me miraba todo el tiempo y me sonreía, las horas pasaban tan rápido, porque la conversación fue tan cómoda y bonita, que nuestras risas no tenían fin. Al terminar la cena, Mark pidió que nos trajeran el postre, y ¿qué crees que era el postre...? Pues nada más y nada menos que una tarta a forma de corazón.



Yo me quedé sorprendida y muda, no sabía qué decir, sólo le miré a los ojos. “Como ves, hay un solo corazón que tenemos que compartir”, me dijo y siguió: “pues yo quiero que tú y yo seamos como este corazón, dos en uno, yo quiero que tú formes parte de mi vida y que seas más que una amiga, quiero que tu sonrisa, tu atención, tu mirada sean sólo para mí, igual que yo seré todo para ti. Desde el primer momento en que te vi correr en el pasillo, cuando tropezamos, me impresionaste, y me pregunté quién eras tú y cómo podía volver a encontrarte, porque la curiosidad de conocerte era enorme; dios escuchó mi deseo y te puso en mi camino, cada día conocía nuevas cosas de tu vida y de ti y cada día me gustabas más. Sin darme cuenta, me enamoré de ti y ahora ya no puedo callarme más.”

Mi corazón latía tan fuerte, que sentía que me iba a salir del pecho, no sabía qué decir, tenía miedo de aceptar mis sentimientos, pero al ver su sonrisa y sus ojos me fue imposible negar que yo también sentía lo mismo. Así que nos dimos la oportunidad de vivir una historia de amor juntos, y no me arrepiento, porque con él conocí qué significa amor y pasé días increíbles; nunca olvidaré su cara cuando le dije que sí, que yo también sentía lo mismo por él: sus ojos brillaban y la felicidad era notable en su risa. Mark me alegraba el día con sus detalles, sorpresas y regalos, hacía de todo para verme reír y no permitía ni un solo momento que yo me sintiera triste. Me compraba flores y chocolates, pero mi regalo favorito es una muñequita que me llevo conmigo siempre. Me encanta porque es una niña pequeña con una gran sonrisa y es así que me siento yo cuando estoy al lado de Mark.

Pasábamos mucho más tiempo juntos, nuestro amor crecía cada día más, así pasaron semanas, meses, años, hasta que hoy cumplimos dos años y ocho meses, querido diario, pero él no está a mi lado y esto me mata. Me preguntarás qué sucedió y por qué no estamos juntos si nos amamos tanto; pues es que un día recibimos una mala noticia, el padre de Mark había sufrido un accidente y estaba muy grave en el hospital; Mark se fue inmediatamente a su ciudad. Gracias a dios, su padre se salvó, pero se quedó parálítico y necesita cuidados especiales. Mark es su único hijo; con todo lo que pasó, sintió que le vino el mundo abajo, todos sus sueños tenían que interrumpirse, tenía que regresar a su casa para hacerse cargo de todo, para encontrar trabajo y seguir sus estudios allí. Su familia

lo necesitaba y yo no pude decirle nada, solamente dejarlo ir, aunque me partió el corazón. El día que vino a recoger sus cosas pasamos algunas horas juntos y cuando tuvo que irse lo abracé muy fuerte y me puse a llorar, porque sentía algo en el pecho, la sensación de que no volviera a verlo nunca más; una sombra de tristeza se me vino encima, quería tenerlo allí en mis brazos y no dejarlo ir jamás, pero eso era imposible porque su familia lo necesitaba. No nos separamos, tomamos esa situación como un obstáculo que íbamos a superar, pero ya llevo seis meses sin verlo y lo extraño mucho. Antes hablábamos más, hasta hacíamos bromas, pero todo esto se fue esfumando, nuestras charlas son simplemente “qué haces”, “cómo estas” y con la respuesta de siempre, “bien”, y esto es terrible para mí.

No sé qué pensar, pero mil cosas me pasan por la cabeza. Me pregunto si habrá encontrado a otra persona, si siente lo mismo de antes por mí o si el dicho “ojos que no ven, corazón que no siente” es cierto. Ya no veo su sonrisa y sus ojos llenos de amor, ya no escucho la palabra *corazón* que me hace tanta falta, él ya no está a mi lado cuando lo necesito. A veces al teléfono me contesta fríamente, sin ganas de hablar conmigo, y yo entiendo que está cansado, pero así siento que ya no se preocupa más por nuestro amor, a pesar de que, a veces, me dice que me ama y que le encantaría venir corriendo a besarme y estar conmigo, pero éstas son sólo palabras.

Querido diario, tengo miedo de perder mi amor, de perderle a él, que es tan importante en mi vida, y no sé qué hacer, tengo sólo ganas de llorar y desaparecerme del mundo. Esta lejanía me está haciendo mucho daño y nada está igual que antes en mi vida. Le necesito a él. ¡Sólo a él!

Eda Sina

Universidad de Tirana, Albania

Sé que algún día volverás

El reloj del salón marca las 12 de la noche. El tic-tac del reloj se mezcla perfectamente con las gotas de lluvia que caen en la ventana, creando así un ruido dulce que me acompaña esta noche. Aunque esta atmósfera es muy tranquilizante, mi mente no puede quedarse en silencio, sin pensar en nada.

Recuerdo...

Pienso en cosas a las que no encuentro respuestas y escribo:

Hace muchos años... mi vida estaba rodeada de amistades. Hoy, sin saber el motivo, las recuerdo todas... Las que entraron y salieron y las que me dejaron huellas, de las cuales aprendí muchas cosas, buenas y malas. De todas ellas, destaca sólo una, la de él; seguimos juntos, a pesar de los años y de las cosas que han ocurrido.

Nos conocimos en primaria, y como todos los niños de esa edad, disfrutábamos de las cosas sencillas de aquel tiempo, sin pensar en nada más. Nosotros no pensábamos en otra cosa más que en ir al cole y jugar todo el día. Los días pasaban llenos de la alegría y de la felicidad que se vive en los primeros años de infancia cuando creíamos que nuestros padres eran nuestros héroes y que nada malo podía pasarnos si ellos estaban allí. Es verdad, que también nos peleábamos mucho, sobre todo cuando jugábamos. Los años pasaban y así terminamos la primaria, como dos niños inocentes. Hasta entonces, no conocíamos los problemas de la vida adulta. Como nuestros barrios estaban muy cerca, empezamos también la secundaria juntos, pero en clases diferentes. Y así de nuevo, cada uno de nosotros conoció nuevas amistades. Nuevas experiencias. Los fracasos y los éxitos en los estudios. Con ellas aprendí las primeras dudas y los primeros desengaños. Los

primeros sentimientos. Pero con él, con mi amigo de la infancia, seguía estando en contacto, a pesar de las circunstancias.

Algunas veces no íbamos a clase para ir a la cafetería y tomar cafés interminables, y cuando llegaba el fin de semana no lo pasábamos bailando en las discotecas. Me contaba las cosas que hacía cuando no estábamos juntos y también me contaba sobre las chicas que le gustaban.

Y así pasaban los días, y nosotros haciendo los que nos daba la gana. Al final, así ha sido la adolescencia para todos nosotros.

Pero un buen día, yo decidí cambiar de escuela. Me faltaban dos años más para terminarla.

Durante esos dos años, seguía hablando por teléfono con él, y a veces quedábamos para tomar algo y contarnos la vida, pero los dos sabemos que las cosas ahora estaban cambiando. Para los dos. Al terminar la secundaria, empecé a estudiar en la facultad de lenguas extranjeras y él en la facultad de derecho. Sin embargo, un día, antes de empezar la facultad, decidí abrirme una cuenta en el *facebook*.

Le mandé una solicitud de amistad, y desde allí las cosas empezaron a cambiar para los dos.

El respeto y el cariño hacia él eran cada día más grandes. Las conversaciones entre nosotros, durante horas y horas, sin parar de hablar, no tenían fin. Recordábamos y nos reíamos de las cosas que habíamos vivido de niños, y de las que estábamos viviendo como adultos. Nos quedábamos hasta la madrugada hablando, y por la mañana el timbre del teléfono, su voz, me despertaban otra vez. Los días pasaban y nosotros seguíamos, con el mismo ritmo, las conversaciones. Nos encontrábamos muchas veces, paseando en diferentes ciudades, recordando las cosas que habíamos pasado y pasábamos por las cosas queríamos hacer.

No sé ni cuándo ni cómo, pero empecé a sentir algo más que amistad por él. Sin saber el porqué, me ponía celosa de algunas cosas que me contaba. Hacia tiempo, él sentía lo mismo y me lo decía, pero yo no lo creía y siempre tomaba a broma ese tipo de palabras.

A diferencia de él, yo soy una persona cerrada, que no expresa lo que siente. No puedo expresarme, y él es todo el contrario. A cada instante, trataba de mostrar lo que sentía y no sólo

con palabras, sino también con hechos. Poco a poco, nuestra amistad se convirtió en amor. En un amor que nos sorprendió a los dos porque después de tantos años de juegos, confidencias y años de compartir nuestro día a día, el amor era lo que menos esperábamos que nos uniera. Sin embargo, ¿no es la amistad una forma de amor? ¿No es lo mejor compartir tu vida con la persona que amas y mantener con ella una conversación que nunca acaba y que nunca cansa?

Hasta aquí las cosas, a pesar de todo, parecían ir bien. Pero como siempre, el destino juega, a veces y por desgracia, en contra de nosotros.

Cuando mi familia se enteró de que lo nuestro ya no era solo amistad, reaccionaron de una manera muy agresiva.

Y esa actitud por parte de ellos tenía que ver con el origen de él, que es de algún lugar del norte. Mi familia es muy racista, y normalmente ni siquiera me permitían hablar con él. Y mucho menos cuando se enteraron de que éramos algo más que amigos. Pero como soy muy cabezota, no le hice caso a mi familia, porque no me gustaba que ellos se metieran las narices en mi vida personal, porque no les correspondía. Así que seguía viéndole y hablando con él. Disfrutando de aquel sentimiento que seguía creciendo entre nosotros. Pero no por mucho tiempo.

No podía soportar cada día las palabras de mi familia y por eso decidí cerrar los ojos y alejarme de él. La presión, lo reconozco, estaba venciendo mi resistencia. Pero, ¿cuánto tiempo podría aguantar mi corazón que no le hablara y que no le viera?

Sólo una semana.

Le conté cómo estaban las cosas, y, como podéis imaginar, se puso como loco. Las cosas se aclararon entre nosotros, porque la culpa no era ni mía, ni tampoco suya.

Pero aún así, las cosas ya no eran como antes. Llegó un momento en nuestras vidas en el que no nos comprendíamos el uno al otro. Queríamos nuestros espacios, nuestros huecos de soledad, sobre todo yo.

No duró mucho, y el destino nos tenía reservada una nueva separación.



Algo que dices... algo que haces... algo que molesta, y ya de nuevo, pensando en mi familia, cerré los ojos otra vez, haciéndonos daño. Pero otra vez, esta lejanía no duro más que un mes.

Eso mostró que nuestro amor era más fuerte que la incomprensión de mi familia hacia nuestra relación. Y así, lejos de las miradas de mi familia, hablaba y me veía a escondidas con él. Nos llevábamos bien, aunque a veces discutíamos siempre por el mismo tema: mi familia.

Hasta que un día, de nuevo, el destino nos dio un fuerte golpe.

Él decidió irse fuera del país. Me pidió que me fuera con él, pero yo no podía. No podía dejar a mi familia así, a pesar de sus errores y de sus ideas. Aunque había crecido junto a él, no podía dejar las cosas así. Él se enfadó conmigo. Motivos no le faltaban, aunque intentó entenderme. Eso es lo mejor de él: su tolerancia. Sin

embargo, desde que se fue, no he vuelto a saber nada de él. Su familia tampoco me dice nada. Casi ni me miran a los ojos, y si lo hacen, veo su enfado. Piensan que yo tengo la culpa de que él se haya ido. Tal vez tengan razón.

A pesar de todo eso, a pesar de que mi familia quería separarnos y de alguna manera lo había conseguido con su marcha, lejos de aquí, yo sigo pensando en él.

Y ahora no me queda otra cosa que esperar a ver qué va a pasar cuando él regrese. Si es que regrese...

Esta historia todavía no ha terminado. Lo sé. Sueño despierta con él mientras ando por la calle, mientras como, mientras hablo con mis amigas, mientras respiro... Mis amigas me dicen que me olvide de él, que seguro que ya está con otra, porque después de transcurridos dos años, ni siquiera sé algo de él. Miró por la ventana con la esperanza de que aparezca doblando la esquina de la calle, con la maleta en una mano y una rosa en la otra. Viene a mi casa, a buscarme para decirme que jamás se irá de mí. Yo sigo aquí aunque él esté en otro continente, porque los ojos no se pueden mantener cerrados sólo porque otros no lo aceptan y, porque al fin y al cabo, somos seres humanos y no tiene por qué tener importancia de dónde eres. Y al corazón no le puedes obligar a olvidar este sentimiento que aumenta cada día más.

Pues no me queda nada que decir, porque nos toca esperar para ver cuándo y cómo termina esta historia...

Anisa Kryeziu

Universidad de Tirana, Albania

Siempre a tu lado

No se puede sufrir por lo que no se sabe, pero las personas a que de verdad les importas no te abandonan nunca, y siempre estarán pensando en ti.

Acaba de llegar el otoño. ¡Qué nostalgia tengo por mi amigo de infancia! Durante todo el verano no me ha escrito, ni ha respondido a mis mensajes. ¿Qué le podría haber pasado? O tal vez nada, pero es solamente por su carácter. No consigo odiarlo ni cuando a veces es pesado y no es gentil; yo no le echo la culpa. Ha sufrido mucho con la muerte de su padre, era muy ligado a él. Desde entonces se ha puesto tan raro... Pero mañana no tiene dónde escaparse. Es el primer día de curso en la Universidad. Durante todo el verano he tenido malos presentimientos. ¿Y si ha intentado hacerse daño a sí mismo? ¿Tal vez ha sufrido algún accidente? ¿Estaría ahora? No, ni siquiera lo voy a pensar.

Hoy me sentía tan sola en el aula grande de la Universidad. Tenía tantos recuerdos de él. Nos reíamos tanto, y a veces sin razón. Habían pasado tres semanas y él no había venido a clases. Estoy tan enfadada con él, que cuando venga tendrá que escucharme bien. ¿Por qué me hace esto? La culpa es mía porque he estado siempre a su lado, nunca le he criticado por su comportamiento y él ha seguido con lo suyo. Cuando me hablaba mal me reía, pues pensaba que necesitaba desahogarse con alguien. Cuando llegaba tarde en alguna cita, yo no le decía nada y él sólo me sonreía, pero cuando pasaba lo contrario, él se ponía furioso.

“Señorita Anabel, señorita Anabel” - era la voz del profesor. “Sí profesor” - respondí yo. “¿Me puedes decir las características del Romanticismo, por favor?” - me preguntó.

¿Qué? Me di cuenta de que había pasado de ser la estudiante que siempre participaba en los cursos a la que no tiene ni idea qué está pasando en clase.

“No estoy preparada profesor”-respondí. Noté la desilusión que expresaba el profesor en sus ojos detrás de sus grandes gafas negras. Sus ojos verdes que siempre brillaban debido a la liquidez que tenían dentro, me miraron por unos segundos y mostraron signos de asombro. Parecía como un niño decepcionado, a pesar de que tenía sesenta años. No me dijo nada, me acarició la cabeza y siguió con otro tema. Allí entendí que tenía que ponerme a mi misma bajo control. No podía seguir así por una persona que no valía la pena sufrir.

Cuando salí de la Universidad noté que estaba lloviendo y no llevaba paraguas. Apenas tomé el primer paso que comenzó a llover a mares. No lo podía creer. Sin embargo seguí caminando hacia mi casa. Pasé por delante de la Universidad Politécnica de Tirana. Me salió por delante el edificio grande de color gris y parecía todo tan triste. Seguí mi camino con el fin de coger el autobús en la estación cerca de la Pirámide. Podía ver desde lejos que había mucha gente esperando en la estación. De repente sentí que la lluvia había dejado de mojarme. Levanté la cabeza y vi unos ojos que me sonreían y que estaban llenos de ternura. Era él. Sin decirle nada lo abracé tan fuerte, que sentí como si el corazón me estuviera saliendo del pecho por la felicidad.

- Hola Anabel, ¿cómo estás? -me dijo.

- Pero ¿cómo que me preguntas cómo estoy? Has desaparecido por completo. ¿Qué te pasa? ¿Cómo crees que esté? No tengo noticias de ti desde hace una eternidad de tiempo. No me hables, no te voy a dirigir la palabra nunca más. Estoy muy enojada contigo, y no voy a aceptar ninguna disculpa.

Después de terminar mi monólogo, volví a ver sus ojos tan tiernos y la sonrisa de niño feliz que tenía en la cara. Se estaba riendo de mí. ¿Qué me estaba pasando? Él era sólo mi amigo, nada más. ¿Qué eran esos sentimientos que estaba sintiendo por él? Me

había enamorado de él de modo inconsciente. Pero no podía, él era como un hermano para mí. Cuando veía esos ojos sentía una calidez en mi corazón, me sentía protegida y presentía que era una amistad que no terminaría nunca. No la podía destrozarse con esos sentimientos.

- ¿Por qué te has preocupado, Anabel? Yo estoy muy bien. ¿Tu cómo estás? Que no te veo muy tranquila - y se echó a reír. Había echado de menos a ese arrogante, que no podía cambiar nunca.



Los días pasaban y estaba llegando el invierno. Teníamos mucho trabajo en la Universidad, y la sesión de exámenes se estaba acercando. Había una monotonía igual que la del año anterior. Lo que estaba diferente era Frank. Faltaba mucho a clases y no podía ni concentrarse. Él era un estudiante excelente. Me gustaba cuando conversaba con él de temas diversos, porque era muy inteligente y tenía conocimientos de todos los campos. A veces me unía a las

compañeras de mi clase, pero ellas no hacían más que contarse chismes sobre los demás. Era una cosa que odiaba, sobre todo cuando las veía riéndose con la misma persona de la que habían hablado mal diez minutos antes. Así que me quedaba todo el tiempo con él. Y cuando él no estaba, me quedaba sola.

Un día Frank me llamó y me invitó a salir para ir a ver una película nueva del director Tim Burton, que se llamaba *La novia cadáver*. Es mi director favorito.

Teníamos que vernos en el centro, pero cuando nos encontramos me pareció triste.

- Pareces como si quieres decirme algo. ¿Qué pasa? ¿Por qué has cambiado tanto? Por favor, habla conmigo. Si tienes algún problema me lo puedes decir. Yo te voy a apoyar. Siempre estaré a tu lado - le dije.

- No te preocupes, estoy bien, Anabel.

- No, no lo estás. Has cambiado mucho y sé que está pasando algo en tu vida y no me lo quieres decir. Soy tu mejor amiga y puedes confiar en mí. ¿Qué ha pasado durante el verano, por qué no me escribiste?

- He estado al extranjero, en Estados Unidos, visitando a mi tío. Estoy enfermo, Anabel, tengo diabetes, y por los análisis de sangre descubrieron que nunca podré tener hijos. Nunca podré tener una familia.

- ¿Pero te ha visto algún médico en América?

- Sí, me vieron, y todo esto me lo confirmó el médico. No tengo ninguna esperanza. Es que yo no quiero vivir más, me siento como si no tengo ningún motivo para vivir. Eso es lo importante, Anabel, tener un motivo en la vida, pero yo veo mi futuro tan oscuro... - me dijo.

- Pero no, no tienes porque ser tan pesimista. Hay personas en este mundo que no pueden caminar, que no tienen piernas, o no tienen manos. Y aun así han encontrado una motivación en la vida.

- No, Anabel, yo intenté sobrevivir con esta enfermedad, pero no he conseguido acostumbrarme. Cada mañana, cuando abro los ojos, me doy cuenta de que estoy viviendo un infierno.

- No digas esto. Me tienes a mí aquí. En cada momento que te sientas triste, me llamas, y yo estaré siempre dispuesta a

ayudarte. Tienes que salir más; no te quedes en casa todo el tiempo, pensando en tu enfermedad. La vida no ha terminado.

- No, que para mí ha terminado, pues nunca podré proponerle a la chica que amo que sea mi novia. Y tengo que sufrir cada día porque nunca la podré tener.

¿La chica que amaba? Nunca me había hablado de ella. ¿Quién sería? Y yo que aún le seguía amando. Ése fue el primer pensamiento que me vino en mente cuando escuché lo que decía.

- Pero ¿por qué crees tú que el amor es una cosa superficial? No, el amor es algo profundo, que viene desde la profundidad del corazón. Si ella de verdad te quiere va a aceptar ser tu novia. Hay personas que tienen problemas más serios y están felices con sus parejas.

- ¿Y tú aceptarías tener a un novio que nunca te pueda dar hijos?

- Sí, lo aceptaría - le dije de modo firme.

- Lo dices sólo por consolarme, Anabel.

- No es verdad. Y la chica que te gusta, si no te acepta, se va a perder a una persona maravillosa como tú. Y va a perder la felicidad que tú le puedes dar.

- ¿De verdad piensas esto, Anabel? ¿De verdad piensas que soy una persona maravillosa? ¿Y si yo te diría que la chica que amo eres tú? Yo te he amado desde cuando era un niño. Te he soñado cada noche. A ti y a nuestros futuros hijos. Pero de repente se destruyó todo. ¿Qué me vas a responder? Todo lo que me has dicho antes lo vas a retirar...

- Tonto, con lo que me has dicho me has hecho la persona más feliz del mundo. Yo quiero pasar mi vida contigo. Y te acepto tal y como eres. Sólo me interesa tenerte a mi lado.

En ese momento le di el beso que tanto había esperado y lo abracé con la intención de no perderlo nunca.